

De los "desaparecidos" a los "chicos de la guerra"

Miguel Bonasso

Bonasso, Miguel: Periodista y político argentino. Ex-director del diario "Noticias" de Buenos Aires. Fue asesor del presidente Héctor Cámpora y secretario de prensa del Partido Peronista Auténtico. Reside en México, donde es presidente de la Asociación de Corresponsales extranjeros. Autor de "Recuerdo de la Muerte".

Dos generaciones juveniles fueron sacrificadas en la Argentina de la dictadura militar. La primera es la que integran los "desaparecidos", los exiliados y los que tuvieron que abandonar su militancia política para salvar la vida. La otra tiene como vanguardia a esos miles de adolescentes que fueron convocados a la "guerra de las Malvinas". Los primeros llegaron al sacrificio como consecuencia de un proceso de radicalización acelerado y masivo, sin precedentes en la historia argentina contemporánea. Los "chicos de la guerra", en cambio, fueron los típicos "hijos del proceso", jóvenes desinformados y deformados por el terror, que vivían en la total despolitización cuando fueron llevados a combatir el "colonialismo" y el "imperialismo" a las órdenes de un ejército que, hasta la víspera, adscribía fervorosamente al "occidente cristiano". Divididos por la edad, por la destrucción de la memoria colectiva que los militares perpetraron con éxito, los sobrevivientes tienden a encontrarse, a reconocerse, a vincular sus reivindicaciones con la lucha que viene librando, desde hace tantos años, la clase trabajadora argentina.

He imaginado el argumento de una novela que por razones de ceguera y ocio no publicaré y que sería el reverso de la admirable Guerra del cerdo, de Bioy Casares. El tema de este libro es una conjuración de los jóvenes contra los viejos; el tema del mío, cuya redacción queda a cargo de cualquiera de mis lectores, es una conjuración de los viejos contra los jóvenes, de los padres contra los hijos..."

Lo escribió Jorge Luis Borges hace unos meses, en el matutino porteño Clarín. Habían acabado ya las dos guerras: la "sucía" y la de las Malvinas. Dos derrotas.

Volví a repetirse aquella paradoja que convirtió a Balzac en autor favorito de Marx, para entender las relaciones de clase en Francia: un escritor reaccionario - pero con talento rescataba, mejor que muchos especialistas y unos cuantos militantes, la síntesis política de una época. Porque en esta lúcida parábola de siete líneas se condensa la tragedia de dos generaciones argentinas; la tragedia argentina.

EL SACRIFICIO DE DOS GENERACIONES

Los jóvenes que comenzaban a gravitar políticamente a fines de los setenta, fueron prolijamente suprimidos, martirizados, mutilados, empujados sin remisión a la muerte o a un doble exilio: el externo y el interno. Los adolescentes que se asomaban a su primera juventud en 1982, fueron utilizados como carne de cañón en aras del mesianismo continuista e irresponsable de los jefes militares que programaron la aventura de Malvinas.

Ambas promociones juveniles estaban separadas por década y media de distancia, por la derrota de los primeros y, sobre todo, por un formidable proceso de descerebración operado sobre los segundos.

Sin embargo, la perspectiva histórica permitirá ir descubriendo el hilo conductor que une ambos sacrificios. Es imprescindible que los pocos sobrevivientes de ambas guerras descubran hasta qué punto estaban unidos por el mismo designio y por idéntica contradicción.

El elemento común más evidente es que ambas experiencias se dieron casi al mismo tiempo, bajo la misma dictadura militar y por voluntad de los mismos protagonistas. Ya que el mismo general Leopoldo Galtieri que dirigía la represión clandestina en Rosario, dio la orden de desembarcar en Malvinas.

Pero hay otros aspectos comunes no tan evidentes, como éste: ambas fueron las primeras generaciones nacionales en la historia argentina de este siglo. En la medida en que - por voluntad propia u obligados por las circunstancias, interesa poco - jugaron sus vidas para defender conceptos afines de liberación (en un caso) y de soberanía nacional (en el segundo).

Los primeros arribaron al combate antimperalista motorizados por elementos teóricos, en gran medida abstractos, extraídos de los libros, como correspondía a su extracción de clase, mayoritariamente pequeño burguesa. Los segundos, en cambio, carecían de bases teóricas, porque habían sido seleccionados entre los estratos más sumergidos de la sociedad, pero se vieron abruptamente confrontados a la materialidad del fenómeno colonial e imperialista. Los bombardeaban y ametrallaban los británicos y sabían perfectamente que quienes los bombardeaban se beneficiaban con el apoyo logístico de los norteamericanos. Y supieron pronto, también, por qué sus jefes estaban derrotados de antemano. No les hizo falta leer a Giap, al

Che o a Mao, les bastó la ineludible realidad de una trinchera helada, sacudida por las bombas.

La primera generación nació y se crió durante los primeros gobiernos peronistas; la segunda cuando se evaporaba la utopía desarrollista y el país marchaba a la deriva entre dictaduras militares y gobiernos civiles débiles.

Las dos alcanzaron la razón, la conciencia y la acción, cuando Argentina se hundía en la crisis económica más severa de su historia contemporánea y cuando comenzaban a pudrirse los pilares del Estado liberal-oligárquico organizado en 1880. Las dos padecieron en primera línea el horror desatado por la contrarrevolución más totalitaria y radical de este siglo.

El hombre común y algunos medios de comunicación, hablan de "la generación de la guerrilla" y de "los chicos de la guerra", y aunque muchos de aquellos jóvenes que en el '73 se movilizaban en Buenos Aires vitoreando a Osvaldo Dorticós o a Salvador Allende no pertenecieran a ninguna organización revolucionaria, y aunque muchos jóvenes que hoy tienen poco más de veinte años sólo siguieron los combates del lejano sur a través de una televisión tramposa, tal simplificación se aproxima a una síntesis correcta. Porque la guerrilla movilizó bajo sus banderas a cientos de miles de no-combatientes y el síndrome de Malvinas ha marcado a fuego a la generación que tendrá plena gravitación y vigencia al comenzar la última década de este milenio.

LAS NUEVAS MONTONERAS

Pero esta lectura, con ser veraz, resultaría manifiestamente insuficiente si ambos dramas se aislasen del contexto social que los produjo. De la cruenta lucha de clases que la clase trabajadora y los sectores populares vienen librando hace tantos años contra esa alta burguesía terrateniente, industrial y financiera que llamamos oligarquía. Y si, a la vez, desgajamos esta lucha por la liberación social de la lucha por la liberación nacional que viene librando secularmente el pueblo argentino, desde las montoneras gauchas y bolivarianas del siglo pasado.

Las nuevas montoneras, que cambiaron la lanza de caña por el FAL, trepidaron sobre el asfalto de un país decisivamente urbano y fueron derrotadas por un terrorismo de Estado que ha llegado a ser modelo para varias experiencias represivas, no cayeron de la estratósfera. No son producto del conflicto Este-Oeste, como dijo el canciller argentino Dante Caputo ante la Comisión de Derechos Humanos de la

ONU en Ginebra. Ni "fascistas de izquierda", como pregonan dudosos defensores de la recobrada democracia, como el publicista Jacobo Timerman. Ni corresponsables del genocidio, como lo pretende la justicia tuerta que heredó la democracia ante el estupor, el dolor y la indignación crecientes de las Madres de Plaza de Mayo. Ni jovencitos psicóticos y parricidas, como lo proclama Pablo Giussani, un ex propagandista de Montoneros que se arrepintió a tiempo¹.

Precisamente Giussani pretende anular - en una condenación ahistórica y metafísica - la raíz social del fenómeno montonero, sepultándolo (con profusas citas de Gramsci, Vittorini y Frobenius) en un aluvión de psicologismos. Como el tan socorrido de la rebelión contra los padres o ese otro - acuñado seguramente en su largo exilio italiano sobre el "narcisismo revolucionario de la Habana", pira sacrificial en la que - según él - se inmolaron "miles de jóvenes latinoamericanos". (Cuyos verdugos reales, dicho sea de paso, no son señalados por el libelista).

Estas mistificaciones - que pretenden ayudar a la democracia e instruir a las nuevas generaciones - operan en un sentido contrario: inhiben el necesario debate sobre las desviaciones foquistas y militaristas de las organizaciones armadas de los años setenta, que las llevaron a caer en enormes errores estratégicos, y favorecer la burda tesis oficial según la cual un terrorismo de ultraizquierda promovió una respuesta de ultraderecha.

Y LOS MILITARES: ¿QUÉ?

El fenómeno social y generacional que estamos tratando de analizar queda entonces reducido a una caricatura. Y, lo que es peor, constituye el soporte ideológico de las acciones penales emprendidas, con gran celo, por las autoridades civiles contra los militantes populares. Por esas autoridades de la democracia que, vulnerando su propia teoría de la "simetría", se muestran impotentes para condenar a los militares que hicieron "desaparecer" a 30.000 personas.

La historia real desmiente esta versión maniquea e idealista, según la cual "la ciudadanía democrática" (esto es, los radicales del pueblo - hoy en el poder - los peronistas de derecha y otros partidos menores de distintas ideologías) fueron víctimas inocentes de dos pandillas extremistas de signo opuesto.

¹Giussani, Pablo: Montoneros - La Soberbia Armada, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Analistas insospechados de simpatías guerrilleras como Alain Rouquié², señalan la evidente complicidad de todos los partidos políticos - en forma alternada, es cierto - con los distintos golpes de estado que se han sucedido en Argentina desde septiembre de 1930.

Y este factor, precisamente, el de la violencia institucional de las fuerzas armadas que cada tanto acceden al poder en sustitución de un partido conservador inexistente y que cuando regresan a los cuarteles no dejan de presionar al gobierno civil, como poder detrás del trono, explica en gran medida el fenómeno de radicalización de la juventud que se operó en los sesenta.

Uno de los máximos teóricos de la izquierda peronista, John William Cooke³, recordaba en 1966, al advenir el cuartelazo denominado "Revolución Argentina", que "en 133 años de vigencia, la democracia representativa funcionó de 1916 a 1930 y de 1946 a 1955, o sea, alrededor de veinticuatro años". Y agregaba: "Cuando se aplicó, surgieron los dos movimientos plebeyos, populares, contrarios a la entente oligárquico imperialista: el yrigoyenismo y el peronismo (con las diferencias que corresponden a sus respectivas circunstancias). Ambos derrocados por gobiernos militares, si no recordamos mal".

En 1955, los futuros "desaparecidos" del 76 tenían - promedio - entre 8 y 15 años. Buena parte de ellos (alrededor de un 60%) pertenecía a diversos estratos de la clase media; desde los "white collars" empleados en el sector terciario, que trataban de diferenciarse del proletariado industrial más cercano en la pirámide, hasta sectores propietarios con altos niveles de ingreso. Sus hogares podían ser radicales, socialistas, conservadores, democristianos, aun comunistas. Pero difícilmente peronistas. Incluso los sectores clasemedieros que habían apoyado a Perón en 1946 (especialmente los que tenían una efectiva militancia en las filas del catolicismo) lo enfrentaron en 1954, cuando se produjo el conflicto con la Iglesia.

La burguesía nacional, que se había beneficiado con la gigantesca ampliación del mercado interno, abandonó las filas del frente de clases cuando sobrevino la crisis económica del 53.

Pero aún sumergidos en un entorno fuertemente antiperonista, esos niños y adolescentes no ignoraron que el 16 de junio de 1955, aparatos de la aviación naval y aeronáutica bombardeaban por sorpresa y a mansalva la Plaza de Mayo al medio-

²Rouquié, Alain: Poder militar y sociedad política en la Argentina, Editorial EMECE, Buenos Aires.

³Cooke, John: Peronismo y Revolución, Granica Editor, Buenos Aires, p. 59.

día; que el 19 de septiembre del mismo año Perón era desalojado por la fuerza; que el 9 de junio de 1956 hubo fusilamientos pese a que la Constitución argentina había suprimido la pena de muerte.

Su tránsito de la primaria a la secundaria y de ésta a la universidad o a un trabajo remunerado, se verificó a través de una serie de gobiernos (civiles y militares) que proscibieron al peronismo y reprimieron a la clase trabajadora peronista.

Muchos de ellos ignoraron la política hasta llegar a las aulas universitarias o enfrentarse a un mercado de trabajo cada vez más difícil, en el cual la famosa movilidad social que otrora había distinguido a la Argentina, era una nostalgia más que una realidad.

Tenían entre 20 y 25 años cuando sobrevino el golpe del 28 de junio de 1966 que derrocó al gobierno del radical Arturo Illia.

La dictadura militar que presidió el teniente general (retirado) Juan Carlos Onganía, fue definida desde los comienzos por Cooke⁴ con palabras que resultaron proféticas: "Van a modernizar el país con una mezcla del siglo XII, siglo XIX y occidentalismo tecnológico. El país tendría maquinaria, capital monopólico, eficacia, productividad, patriarcalismo, jerarquías inmovibles, beatería, orden, monotonía, censura, patriotismo, recato en el vestir, puritanismo, uniformidad. Se desea un país que produzca en medio del aburrimiento, la sequedad de espíritu, la estolidez conservadora (...)".

La teocracia gerencial establecida en el 66, que pretendía eternizarse en el poder según el modelo franquista, propugnaba una modernización de las estructuras productivas a expensas de los sectores populares y de la propia burguesía nacional. En pocos años la política neoliberal del ministro de economía Adalberto Krieger Vasena supuso la desnacionalización de varias industrias surgidas al calor del proceso de sustitución de importaciones, como la química, la farmacéutica y la tabacalera. La "modernización" supuso asimismo una formidable concentración monopólica que llevó a la quiebra a un alto número de pequeñas y medianas empresas de capital nacional.

La clase trabajadora fue la principal damnificada; sus salarios fueron congelados y su participación en la renta nacional siguió descendiendo desde el 50% alcanzado en el primer gobierno peronista (1948) a un 33% aproximadamente. Pero el proceso

⁴Cooke: op. cit., p. 233.

de concentración de ingreso también afectó a las capas medias que constituían el 40% de la población.

Para algunos analistas⁵, el retroceso económico fue un factor secundario en la radicalización de la pequeña burguesía argentina. Lo decisivo sería, según este enfoque, la agresión ideológica y cultural a que fueron sometidos sus estratos más cultos y progresistas, por parte de los inquisidores militares. Especialmente el estudiantado universitario, para el cual la agresión fue además física en la noche de los "bastones largos", cuando fue violada la autonomía de la universidad ⁶.

CONFLUENCIA DE OBREROS Y ESTUDIANTES

Yo no estoy tan seguro. Creo que la pauperización de muchos sectores que efectivamente pertenecían a la clase media (o al menos "se sentían" dentro de ella, como los empleados públicos "racionalizados" por Onganía), los acercó a los núcleos proletarios más avanzados que eran, precisamente, los más especializados, los de mayores ingresos. Vínculo que se hizo más notorio en provincias.

De todos modos, acuerdo que el asalto policial a la universidad, la noche del 29 de julio de 1966, fue un hito decisivo en el proceso de radicalización de una parte apreciable de los jóvenes pequeño burgueses. En primer lugar porque derrumbó el mito de la universidad como una isla autónoma ubicada en una suerte de olimpo teórico respecto al conjunto de la sociedad. En segundo lugar, porque acercó políticamente a un estudiantado, mayoritariamente antiperonista, a una clase trabajadora, mayoritariamente peronista.

La universidad había sido un bastión antiperonista desde los primeros gobiernos de Perón. No sólo por la torpeza con que trató el gobierno peronista a este sector, sino también por la propia deformación del estudiantado clasemediero, fuertemente influido por el pensamiento liberal que predominaba en los partidos de clase media, incluyendo a socialistas y comunistas, quienes rechazaban la "cuestión nacional" y vivían aislados de las masas, en un limbo teórico, elitista y europeizante.

Algunos sectores de la clase media habían perdido, además, las ilusiones desarrollistas que había engendrado el gobierno de Frondizi, con la petrolización transnacionalizada de los territorios australes y la implantación abrupta y sobredimensionada de la industria automotriz.

⁵Gillespie, Richard: *Soldiers of Perón - Argentina's Montoneros*, Clarendon Press - Oxford 1982, pp. 62-63.

⁶Selser, Gregorio: *El Onganiato*, volumen 1, Buenos Aires, pp. 117-128.

A este desencanto de las capas medias se fue sumando el crecimiento de un nuevo proletariado industrial - en gran medida surgido en los centros urbanos del interior, como Córdoba - que iba adquiriendo, aceleradamente, conciencia y capacidad de organización.

La ansiada confluencia de obreros y estudiantes pronto dejaría de ser una consigna retórica, para galvanizarse en la acción insurreccional de fines de los sesenta.

El cuestionamiento del nuevo proletariado a la dirigencia peronista burocrática, encabezada por el Gompers argentino, Augusto Timoteo Vandor, secretario Vandor, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, habría de favorecer ese acercamiento.

El espacio organizativo donde habría de verificarse la unidad sería suministrado por los trabajadores, en la CGT de los argentinos, una central obrera opuesta a la burocracia sindical y conducida por un líder joven y carismático: el dirigente gráfico Raimundo Ongaro.

La CGT de los argentinos permitió la confluencia - a lo largo y ancho del país de las diversas corrientes ideológicas que habrían de conformar el pensamiento revolucionario argentino.

Porque, en la medida en que los partidos tradicionales - incluyendo a la superestructura peronista - se habían ido divorciando de su base social, la radicalización fue permeando a casi todas las expresiones políticas argentinas, incluyendo a las más reaccionarias.

El viejo nacionalismo oligárquico, por ejemplo, asistió con estupor a la izquierdización de algunas de sus formaciones paramilitares, como Tacuara⁷, de la cual habrían de surgir dirigentes de la Juventud Peronista como Rodolfo Galimberti.

Al calor de la CELAM de Medellín (1968) y de la experiencia guerrillera del padre Camilo Torres, el integralismo católico comenzó a plantearse una síntesis con el pensamiento científico marxista (y, más tarde, con la identidad política peronista) a través de la revista "Cristianismo y Revolución" o el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

⁷Organización guerrillera urbana que fue un anticipo frustrado de los futuros grupos político-militares. Alcanzó su apogeo y caída a comienzos de los sesenta.

Dentro del propio peronismo iba creciendo el ala revolucionaria, influida por tres teóricos: John William Cooke, José Hernández Arregui y Rodolfo Puiggrós.

La misma izquierda tradicional sufriría los embates de la radicalización. Y muy especialmente el Partido Comunista que, en sucesivas rupturas, iría perdiendo los mejores cuadros de sus estructuras juveniles.

La amalgama, en un frente tácito, entre clase obrera industrial y sectores radicalizados de la pequeña burguesía, produciría esa formidable explosión insurreccional que fue el cordobazo.

LAS NUEVAS GUERRILLAS GAUCHAS

El 29 de mayo de 1969, en la ciudad de Córdoba, sede a un tiempo de una vieja universidad que había conocido los fuegos de la Reforma de 1918 y de la nueva industria automotriz, se produjo un estallido social que desbordó a la policía, obligó a la intervención del ejército e hirió de muerte a la dictadura de Onganía, obligando a la cesantía del ministro de Economía Krieger Vasena.

A esta explosión habrían de sucederse, en un año y medio, otras siete puebladas, todas en ciudades del interior.

El golpe de gracia para la dictadura sería el secuestro y posterior ejecución del teniente general Pedro Eugenio Aramburu, presidente de la dictadura militar que derrocó a Perón y comenzó la era de los fusilamiento en la Argentina contemporánea. Los autores eran unos desconocidos, sin actuación política previa, que adoptaron - con acierto histórico - el nombre de "montoneros", en homenaje a las guerrillas gauchas del siglo pasado que pelearon contra el colonialismo británico y sus aliados nativos: la burguesía comercial del puerto de Buenos Aires.

El aramburazo (así llamado por asociación con el cordobazo), no sólo puso fin a la dictadura de Onganía y obligó a los militares más lúcidos, como el teniente general Alejandro Agustín Lanusse, a buscar una salida política para la crisis; también marcó el punto inicial de una gigantesca ofensiva juvenil que no habría de detenerse hasta los trágicos momentos de confusión, pérdida de rumbo y ulterior represión que habrían de vivirse a partir de 1974.

En poco tiempo, apenas dos años, las huestes de la Juventud Peronista, antaño formadas por trabajadores, marginales y un reducido número de jóvenes pertenecien-

tes a los estratos más bajos de la pequeña burguesía, habrían de engrosarse de manera descomunal con el aporte de vastos contingentes de las capas medias, simultáneamente radicalizados y peronizados.

Este fenómeno se vio alentado, sin duda, por la combatividad de la clase trabajadora y por Perón, quien había pasado de una actitud pasiva frente a la dictadura militar ("hay que desensillar hasta que aclare", dijo al comenzar el onganato), a críticas más virulentas al régimen que tendían al objetivo que logró: convertirse en el jefe de la oposición, en el polo aglutinador de todas las luchas.

El anciano líder no sólo aplaudió la ejecución de Aramburu en carta a los montoneros: "estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado"⁸; pronto bautizaría a las organizaciones guerrilleras peronistas como "formaciones especiales" del Movimiento Peronista y utilizaría la gran capacidad de convocatoria de la Juventud Peronista (JP en las Regionales) como arete para forzar su retorno desde un exilio de diecisiete años.

La inserción en el peronismo (pese a su origen cristiano), el aval de Perón, la lucha por el retorno del líder y el acierto en establecer una continuidad con las luchas anticoloniales del siglo pasado, pronto otorgarían al minúsculo grupo de los montoneros la hegemonía sobre otras organizaciones político-militares y, lo que es más importante, sobre los cientos de miles de jóvenes que desfilarían bajo las banderas rojinegras de la JP.

Pronto las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que provenían del viejo tronco revolucionario del movimiento y habían precedido en dos años a los montoneros, perderían fuerza y acabarían por dividirse y, en parte, integrarse a la organización hegemónica.

Montoneros también crecía a expensas de otros grupos como descamisados, de filiación cristiana, y hasta de una fuerte organización político-militar de origen guevarista: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Las FAR, dirigidas por cuadros escindidos de la Federación Juvenil Comunista, habían nacido como grupo de apoyo en Argentina, de la guerrilla del Che en Bolivia. Al cabo de pocos años se peronizaron y decidieron fusionarse con Montoneros en octubre de 1973, justo cuando Perón alcanzaba el sueño imposible de la tercera presidencia.

⁸Reveles, José: Una cárcel mexicana en Buenos Aires, Editorial Proceso, Apéndice documental, México, 1980.

La izquierda había engendrado numerosas organizaciones que se diferenciaban netamente del pacifismo de sus antecesores socialistas, comunistas y trotskistas.

Los disidentes del PC que no se volcaron a las FAR, recalaron en las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y en movimientos que no apoyaban la lucha armada, pero eran notoriamente más radicales que sus antecesores históricos.

La organización político-militar más fuerte, a la izquierda de la guerrilla peronista, fue el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), conectado inicialmente con la IV Internacional y, más tarde, claramente desvinculado de sus orígenes trotskistas y volcado al guevarismo.

"LA JUVENTUD MARAVILLOSA"

La actuación de la izquierda revolucionaria no peronista (o antiperonista, según los casos), tuvo importancia en tanto forma parte del proceso general de radicalización, pero debemos centrar el análisis en la izquierda peronista. Porque es indudable - y así lo demuestran objetivamente hasta las cifras electorales que la inmensa mayoría de la juventud radicalizada de los años sesenta, se encuadró en la JP o en Montoneros.

"La juventud maravillosa", como la llamó Perón antes de enfrentarla, fue decisiva para el retorno del anciano líder a su país y al gobierno. Es un hecho demostrado que la burocracia sindical peronista y grandes núcleos de la estructura partidaria justicialista, no quisieron o no pudieron movilizar. La campaña del "Luche y vuelve" que lanzó el delegado personal de Perón, Héctor J. Cámpora, en agosto de 1972, y que culminó con el efectivo regreso del líder el 17 de noviembre de ese año, hubiera sido imposible sin las decenas de miles de jóvenes que se movilizaron energicamente, despreciando la represión de la dictadura.

La Juventud Peronista fue también el motor de la campaña electoral de 1973 que llevó a la presidencia a Héctor Cámpora, con casi el 50% de los sufragios.

El 20 de junio de 1973, en oportunidad del segundo y definitivo regreso de Juan Perón a la Argentina, se dieron cita unos dos millones de personas. La mayoría de los observadores coincide en un dato impresionante: casi la mitad se ubicó en banderas de JP, FAR, FAP y Montoneros. Esto explica la feroz matanza que organizó la ultraderecha peronista, la terrible represión emprendida a través de la Alianza An-

ticomunista Argentina (AAA) y, luego, el genocidio perpetrado por las fuerzas armadas.

Las desinteligencias que llevaron a Perón a enfrentar a la "juventud maravillosa" son harina de otro costal. Merecerían un trabajo tanto o más amplio que el presente. Obedecen, sin duda, a diferencias de concepción, pero también a errores de ambas partes. A una conducta utilitaria y oportunista del líder popular, por un lado; pero también a una profunda inmadurez y a un innegable infantilismo por el otro.

Ni Perón debió haberse enredado en las miserias del gobierno, desplazando a Cárpora del sillón presidencial y rodeándose de una masa fascistoide encabezada por su mujer; ni la izquierda peronista supo esperar su hora, abandonando la superestructura, difiriendo el enfrentamiento y, sobre todo, evitando caer en las provocaciones de la derecha.

El primero de mayo de 1974 el viejo líder casi moribundo expulsó a los jóvenes de la Plaza de Mayo. Fue un triunfo pírrico, porque la mitad de la plaza quedó vacía. El 12 de junio de ese mismo año intentó recomponer la unidad del movimiento con un discurso antimperialista y antioligárquico, pero ya era tarde: la muerte lo solicitaria pocos días después y a las fuerzas oligárquico-imperialistas, la honda fractura les allanaba el camino de la restauración.

En junio de 1975, cuando la viuda María Estela Martínez ya llevaba un año de des-gobierno, su política antipopular generó un estallido social, que esta vez tuvo como escenario a Buenos Aires y se llamó rodrigazo, porque estuvo dirigido contra el ex ministro de Economía Celestino Rodrigo, un precursor de José Alfredo Martínez de Hoz.

En medio de una huelga salvaje, decretada por las bases y asumida a último momento por las condiciones burocráticas, una clase trabajadora mayoritariamente peronista se movilizó a la Plaza de Mayo para exigir la renuncia de Rodrigo y de su mentor, el siniestro José López Rega.

Montoneros no supo aprovechar esa circunstancia histórica para modificar su concepción foquista y militarista, insertarse en el movimiento obrero y, desde una perspectiva de clase y no de secta, prepararse correctamente para la etapa de resistencia que se avizoraba.

Cada vez fue mayor el paralelismo entre la organización hegemónica de la izquierda peronista y el movimiento obrero. Hasta que se cayó en lo que se le había criticado antes al ERP: la guerra de aparatos.

La capacidad de movilización desapareció ante esa tremenda revolución que fue el golpe del 24 de marzo de 1976. La juventud pequeño burguesa radicalizada no solamente se había aislado de la clase trabajadora, también de la enorme mayoría de la clase media, que ahora clamaba por el orden y la paz impuesta desde los cuarteles.

El resto es historia reciente y conocida. Hay una estadística del terror, que no hizo distinciones entre peronistas e izquierdistas, entre obreros o estudiantes: 30.000 desaparecidos, miles de muertos en supuestos "enfrentamientos", decenas de miles de presos y confinados, medio millón de exiliados. Una generación descabezada.

LA "GENERACIÓN DE MALVINAS"

Los jóvenes nacidos en los primeros años de la década del sesenta son - como los más lúcidos no vacilan en admitir- "hijos del proceso". Es decir, "hijos de la dictadura".

Durante los años más negros de la historia argentina vivieron en la ignorancia, la desinformación y un macartismo feroz que llegó a suprimir, en algunos casos, hasta las matemáticas modernas por considerar que eran un engendro del marxismo.

Vivieron y crecieron en una sociedad aplastada, frustrada, con la mitad de su aparato productivo destruido y sin otros maestros y mentores que no fueran los profesores ultras, los periodistas adocenados y cómplices, los políticos conciliadores.

En abril de 1982, esos adolescentes, que habían vivido en la represión y la evasión, que ignoraban la lucha y el martirio de la otra generación, fueron convocados abruptamente a la guerra.

Ellos, que habían sido educados en el "occidentalismo cristiano", iban a enfrentarse a la segunda potencia de la NATO. Súbitamente las palabras "colonialismo" y "antimperialismo" que, hasta un día antes eran patrimonio exclusivo de los satanizados, de los "extremistas" y "subversivos", poblaban la prensa reaccionaria.

Fueron estafados, naturalmente. Porque nadie puede impunemente acostarse cipayo y levantarse patriota. La tortura, el terror "negados" por una clase media que no quería ver la realidad de los peores años, reaparecieron en Malvinas, con los soldados 'estaqueados' por sus jefes o abandonados frente al enemigo.

Los sobrevivientes de la nueva masacre volvieron al continente marcados para siempre. Los que no habían sido heridos o mutilados, habían madurado decisivamente.

Seis mil, de los ocho mil sobrevivientes, se nuclearon en un Centro de Ex Soldados Combatientes. No sólo para conseguir las clásicas reivindicaciones de los veteranos de guerra: para evitar que una sociedad con una crónica mala memoria se "desmalvinizase" con la misma facilidad con que un día se había "malvinizado" .

Así como las Madres de Plaza de Mayo siguen desfilando en los jueves de la democracia, para recordar que siguen sin respuesta como en los jueves de la dictadura, estos muchachos visten su uniforme los 2 de abril para recordar a políticos y militares que sólo ellos supieron llevarlo con honor cuando la defensa de la soberanía dejó de ser una frase retórica.

Y así, paradójicamente, "los hijos del proceso" educados para negar a la generación precedente, constituyen hoy la punta de lanza de una juventud que canta en las letras del "rock nacional":

*Ayer soñé
con los hambrientos
los locos
los que se fueron
los que están en prisión.
Hoy desperté
cantando esta canción
que ya fue escrita
hace tiempo atrás
y es necesario cantar
de nuevo una vez más...⁹*

No tienen nada que ver con las juventudes que, en réplica descolorida de la antigua JP, apoyaron la candidatura de Raúl Alfonsín. Están más cerca de los marginados que aterraron las calles del centro de la ciudad con sus bombos. De esas nuevas "hordas asiáticas" que convocó la nostalgia peronista, ahora relegada a las capas más bajas, a los condenados de la tierra. A un 40% de los votos.

⁹García, Charly: "Inconsciente colectivo", del long-play "Yendo de la cama al living", editado en Buenos Aires por SG Discos.

La "generación de Malvinas" puede ser la vanguardia de un nuevo movimiento juvenil argentino. De un nuevo fenómeno de masas que tendrá, sin duda, características muy diferentes al que protagonizó la "generación de la guerrilla". Pero que puede ser altamente positivo, si se logran evitar los errores del pasado y los jóvenes articulan sus reivindicaciones específicas con la lucha histórica que libra la clase trabajadora.

Referencias

- *Cooke, John, PERONISMO Y REVOLUCION. p233 - Buenos Aires, Grania Editor;
- *Cooke, John, PERONISMO Y REVOLUCION. p59 - Buenos Aires, Grania Editor;
- *García, Charly, YENDO DE LA CAMA AL LIVING. - Buenos Aires, SG Discos.
- *Gillespie, Richard, SOLDIERS OF PERON - ARGENTINA'S MONTONEROS. p62-63 - Oxford, Clarendon Press. 1982;
- *Giussani, Pablo, MONTONEROS - LA SOBERBIA ARMADA. - Buenos Aires, Editorial Sudamericana; Inconsciente colectivo.
- *Reveles, José, UNA CARCEL MEXICANA EN BUENOS AIRES - México, Editorial Proceso. 1980.
- *Rouquié, Alain, PODER MILITAR Y SOCIEDAD POLITICA EN LA ARGENTINA. - Buenos Aires, Editorial EMECE;
- *Selsler, Gregorio, EL ONGANIATO. I. p117-128 - Buenos Aires;